

LA POESIA PATRIOTICA EN LA EPOCA DEL TERROR

“La literatura es la expresión escrita de las costumbres. En el fondo de cualquier movimiento literario, hay una evolución social. Toda sociedad aporta sus afanes del momento a la literatura que produce. Trato de pintar aquí un estado de espíritu muy característico de una época. La lección está en la exactitud de los documentos”.— ZOLA.

El lenguaje poético, asientan graves estudiosos de la filología, es la obra más instintiva del espíritu nacional; existe una especie de identificación y de unificación de éste y el habla, porque ella es una misma con el espíritu; es su emanación, su verbo; sello de la raza y uno de sus timbres de nobleza. Pero sólo el fuerte buril del sentir popular graba este sello en forma indeleble, identificando las ideas y los sentimientos de los hombres.

La poesía popular, “poesía que brota de todas partes y no sale de ninguna”, conforme a la definición de Antonio José Restrepo, es obra de arte incipiente, anónima, que presenta un mundo sucinto, un acervo de sensaciones e ideas, que viaja con los contemporáneos y luego se brinda virtual en su mayor parte a la posteridad. Poca cosa se nos dice de ella textualmente — comenta Etienne Souriau — en relación con lo que queda implícito, y tal vez sea ello, este dato implícito y oculto, lo que da al conjunto de cantares de una época, a un tiempo su sabor y su imprecisa profundidad.

“El carácter esencialísimo que distingue a la poesía del pueblo es el ser impersonal; mas no por que no sea obra

de un poeta, cuyo nombre se sabe a veces, sino porque en las épocas de espontaneidad el poeta no se pone en sus obras”, enseña don Juan Valera.

Los cantares populares son la poesía natural, como la llamó Cervantes, que anda como el viento por los ámbitos de cada época, de cada ciclo histórico; en sus versos y tonadas, en sus transposiciones y modos de eufonizar, se comprime y fija el momento fugaz del pasado con sus grandezas y miserias, en sátiras mordaces, en desalmadas cuartetas o en loas cándidamente desmentidas por las falsas posiciones de las palabras o, en fin, en expresiones que deben suceder a otras en las que van recogiendo en revuelto haz las chispas y centellas que brotan del corazón angustiado del patriota anónimo en notación agresiva, bravía o desafiadora.

Toda poesía popular es fisonomía de una nación, voz de una época y espejo de una raza. No es sólo el gráfico de la cultura de un país sino el retrato del alma de un estrato humano en el devenir inexorable de los tiempos.

La verdadera poesía popular, como dice muy bien don Manuel Milá y Fontanals, es la que para su uso compone y modifica, ya el mismo pueblo, ya los poetas que a él se dirigen. Pero la edad más propicia a la poesía popular, comenta el citado don Juan Valera, es sin duda la edad heroica de las naciones.

La resistencia y el alzamiento dieron casi toda la substancia artística de que se nutrió el patriotismo entonces; pero éste, para manifestarse, necesitó apelar a formas oblicuas, sesgadas y alegóricas.

Malos poetas si se les analiza con el rigor preceptista, los autores de poesías populares eran, ante todo, combatientes que consideraban que la palabra es un acto, no la cosa baladí y vacía que el común de las gentes supone, sino el primero de los actos de la vida. Y a ella recurrió su patriotismo, falto de otras armas, para combatir al opresor. Esto es lo que da la clave de la armonía y unidad que enhebran las poesías que vamos a estudiar y nutre su existencia. Cada estrofa, cada verso

era un riesgo; con cada una de estas poesías, muchos se jugaron la cabeza. Nunca en nuestra historia tuvo más cabal cumplimiento el apotegma de que es preciso escribir con sangre para saber que ella es espíritu.

El pensar de un pueblo — ha dicho don Francisco Rodríguez Marín — está condensado y cristalizado en sus refranes, pero todo su sentir sólo se halla contenido en sus coplas.

Estas letrillas de antaño, molde versificado de sátiras pro-saicas, infantiles ironías de pretendida agudeza y positivo candor, ingenuas diatribas e inofensivo azote de implacables verdugos, han venido a ser, en nuestros días, elocuentes capítulos de historia patria, descripciones de las costumbres que caracterizaron el vivir de un dolorido y heroico ayer, ya lejano y por siempre abolido.

No asombra la escasez de referencias en los manuales de nuestra literatura, ni sorprende la parquedad de comentarios líricos relacionados con el formidable alzamiento contra la reconquista española de nuestro territorio. Explicación perentoria y suficiente se encuentra en la terrible censura y la amenazante 'purificación' de que con tanta largueza hacían uso los pacificadores.

No obstante la cortedad de las fuentes y lo magro de la documentación, una breve excursión por las regiones de la poesía revolucionaria no ha de estar desprovista de interés, supuesta la afición que semejantes estudios y temas despiertan en el público literario.

Intentaremos, pues, recoger las alusiones formales y directas a los sucesos de la reconquista española, a sus personajes y actores, a sus episodios; reunir estas contadas muestras literarias, aclarándolas sobriamente con un poco de luz histórica e inducir por ellas algo del espíritu y estado de conciencia de los patriotas frente a la represión espantosa que las motivara.

No será ni la más pura, ni la más delicada, ni la que en sí lleve mayor razón de eternidad, aquella poesía — comenta

el crítico Armando Donoso — que fluye de los sentimientos colectivos de un pueblo en guerra; pero es interesante y hasta permite estudiar ciertos aspectos de su psicología en los instantes en que su vida se hace vertiginosa y la actividad se multiplica como un corazón que acelera la marcha.

Neta literatura de combate, muchos defectos es posible señalar a los versos que en este ensayo se recolectan, defectos tanto de forma, como de fondo; pero estas estrofas fueron en su momento verdadera poesía popular, porque llevaron en sí todo el pensamiento y todo el corazón de un pueblo en rebeldía, sentimientos estos que, como dice Lamartine, aun después de muertos los dioses, guardarán en el alma colectiva dos que no pueden perecer en ella: el del amor y el de la libertad.

La reconquista española del antiguo virreinato de la Nueva Granada, ese régimen del Terror, período de angustia y dolor que comprendió, según el historiador Eduardo Posada, el término calendario de tres años, tres meses y tres días, produjo en la resistencia republicana una literatura característica, poco interesante si se la considera desde el punto de vista de la pura estética, pero llena de sobresalientes cualidades como esfuerzo para dar impulso a la masa criolla rebelde para realizar los ideales de independencia política y del más vivo patriotismo. Era la contrapartida popular frente a la crueldad de los fieros expedicionarios de la monarquía absolutista española que ocupaban las ciudades, pero que comenzaban a ser batidos en los campos por las guerrillas insurgentes.

La génesis de los muchos ensayos de un himno nacional colombiano la encuentra José Ignacio Perdomo Escobar en las canciones patrióticas compuestas por el maestro Juan Antonio de Velasco, a raíz del Terror. Natural de Popayán, inició su carrera musical debido a que su padre desempeñaba el cargo de organista en la catedral de Bogotá. Invitado a casa del canónigo realista, confesor de Sámano, don Antonio de León, apodado el *Indio*, para que luciese sus habilidades ante el Pacificador don Pablo Morillo, y sabedor éste de que

Velasco había compuesto varias canciones patrióticas, le instó para que las cantase, lo que fue suficiente para que con socarrona sonrisa le dijera:

— “Un hombre como usted es el que yo necesito para la banda del batallón Numancia”.

El pobre de Velasco hubo de pagar una contribución de \$500.00, pasar algunos días de cárcel y, ya ‘purificado’, partir a pie para el Sur, como director de la banda del susodicho batallón. En el Perú logró pasarse al ejército republicano y peleó como bravo en Junín y Ayacucho.

Nadie escapó a la dura represión del Pacificador; de nada valieron títulos, dignidades o jerarquías. Lo mismo fue de cruel e implacable con varones ancianos que con mozos imberbes, con mujeres hermosas que con damas de calidad. Ni aun los ungidos del Señor estuvieron exceptuados de castigo: tal fue el caso del ilustre prócer eclesiástico, el agustino bogotano fray Diego Francisco Padilla. Calificado en letras divinas y humanas, cultivó la poesía en forma tan discreta que sólo recientemente y gracias al espíritu investigativo de don Guillermo Hernández de Alba, se ha venido a conocer su valiente despedida a la patria en 1816, cuando hubo de encaminarse al destierro en castigo a sus servicios por la causa de la libertad.

“La casualidad — explica Hernández de Alba al darlo a conocer en 1960 — llevó el manuscrito a manos de un patriota venezolano, al parecer caraqueño, quien lo copió de su mano y lo remitió en el mes de marzo de 1821 a un periódico desconocido con el buen propósito de darlo a la publicación...”.

Señor Redactor: sírvase Ud. insertar en su Correo la Despedida que inserto, que hizo en el puerto de la Guayra el Reberendo Padre Fray José [*sic*] Padilla, de la Orden de San Agustín, del Reyno de Santa Fee, cuando el tirano Morillo lo mandó desterrado al país de la barbarie, éste es el español.

Mi marcha está dispuesta, no hay remedio;
el tirano lo quiere, soy su presa;
y voy a abandonar, dolor acervo,
de mi patria querida la ribera.

Adiós, rico terreno, fértil suelo,
donde vi con placer la luz primera.
Adiós, caros y amados compatriotas.
Cuán grande es mi pesar, cuánta mi pena,
el dejaros esclavos y arrastrando
de la cruel servidumbre las cadenas,
cuyo sonido hiriente, acá en mi pecho,
a lo más recóndito penetra.

El tigre se arrojó sobre vosotros
y bárvaro sus garras ensangrienta
en los cuerpos de niños y mugeres,
que el caribe más cruel siempre respeta.

El ve correr la sangre y se complace,
sin saciar su barbarie, su fiereza;
él prepara suplicios, ruínas, incendios,
y la furia infernal en él se adiestra.

Inhumano, suspende tus crueldades;
no ataques de ese modo la inocencia;
mira que tu conducta y tu barbarie
harán perder al déspota su preza!

Teme de Dios la mano vengadora...
Mas, no temas, Caribe, nada temas;
ejerce, sarraceno, tus crueldades;
muera el niño inocente, muera, muera,
y tu cobarde espada entre y destrose
el pecho femenino sin resistencia.

Rompe, como inhumano, rompe, rompe,
el derecho de gentes y el de guerra.
Mancha, cruel, el altar del Dios Supremo,
pisa las leyes santas que desprecias:

la sangre consagrada que has vertido
hasta el cielo levanta su querella,
y el Dios omnipotente a quien insultas,

enojado levanta ya su diestra,
y en tí y en tu nación va a ser censible
cuán justiciero es y cuánto pesa.

Amados compatriotas ¿qué se ha hecho
aquel noble entusiasmo, esa firmeza,
con que, el año de diez, bravos rompistes
de la cruel servidumbre las cadenas?

¿Dónde están los valientes que arrojaron
tantas veces las bárbaras banderas?

¿Dónde, la heroycidad que temblar hizo
del fiero despotismo la diadema?

¿Vuestros campos talados, vuestros pueblos
en cenizas resueltos, no os altera?

¿La palpitante sangre de un hermano,
la furibunda herida que penetra
el inocente pecho de una esposa,
de una hija, en quien brillaba la inocencia?

¿Los cadalsos, trofeos de los tiranos,
anegados en sangre, que aún se quejan,
los cuerpos mutilados y horrorosos
que en las calles y plazas se presentan,
vuestro honor vulnerado, vuestros vienes
trasladados a manos sarracenas,
al insulto, al ultraje, al feo desprecio
con que os miran, tratándoos como a bestias,
no os estimula? ¿No exalta vuestra vilis?
¿No enardece la sangre en vuestras venas?
¿Olvidasteis, acaso, que soys hombres
y que un alma inmortal siempre os alienta?
¿No os jurasteis al godo perpetuo odio,
morir o sostener la independencia?

A la obra, pues, hermanos, a la obra.
Muera el godo tirano, muera, muera:
sepan todos que el mundo americano
sabe vengar valiente sus ofensas,
y sabe rescatar con heroismo
su dulce libertad de esta manera.

Sonará por la faz de las naciones
de la parlera fama las trompetas,
elevando vuestros nombres memorables
hasta que los coloque con firmeza
en el templo inmortal a donde fijan
los éroes su eterna residencia.

No temáis a la muerte, que ella es dulce,
y debe preferirse a las cadenas.
Es morir un deber, si es que se muere,
por dar a sus hermanos la existencia,
por hacerlos felices, por librarlos
de un tirano, que quiere por la fuerza
hacer que el cuello a la coyunda doble
y que a un déspota cetro se someta.

A mí se me conduce, mis hermanos,
con crueldad inaudita y con violencia
al país español, que yo detesto
más que del infierno las cabernas.

Se me arranca de mi cara Patria,
donde dejo mil amadas prendas,
entregadas al bárbaro caudillo,
al insulto, al ultraje, a la fiera,
del vandido inhumano que las tiene
sepultadas en la última miseria;
y con goda crueldad se me precisa
a que valla a existir entre esas fieras,
después de una prición de nueve meses
en que me han hecho andar más de mil leguas,
a pie lo más del tiempo, y arrastrando
una pesada y rígida cadena;
desnudo y muerto de hambre por los crueles
señores de mis bienes sin reserba.
Ni una muda tan sólo me dejaron
para cubrir mi cuerpo en mi indigencia;
sin más huzo en mis sacras facultades
que absolver las víctimas funestas
que fieros a millares degollaban,
como sangrientos lobos las obejas.

No se me ha proesado y aún ignoro
el crimen colosal que me condena.

En fin, sea como fuere, ya yo os dejo.
 Adiós, una y mil veces, caras prendas;
 adiós, idolatrados continentes;
 adiós, idolatrados compatriotas,
 con quienes fui feliz en mejor era:
 recibid este adiós, tal vez eterno,
 de un hermano constante que, por prueba
 de su amor y cariño, el corazón,
 el alma, su constancia, sus ideas,
 su pensar y su todo, en vuestros pechos,
 en depósito y guarda fiel os deja.

Fray JOSÉ PADILLA
 de la Orden de San Agustín.

Con casualidad vino a mis manos esta sacra despedida, de este buen patriota y, pareciéndome digna de la atención del público, tube a bien dirigirla a Ud. para su publicación.

Caracas, y marzo, 28 de 1821.
 Un colombiano. (Hay una rúbrica).

Cuando los hombres tienen miedo de obrar, los que se atreven al menos a expresar su cólera en hirientes coplas los consuelan porque la sátira cava y destruye.

En mayor grado que ningún otro personaje de la Reconquista, alcanzó don Juan Sámano la triste celebridad de ser el más aborrecido por los santafereños. "Viejo, cojo y algo jorobado, de carácter muy díscolo y regañón, muy cruel con los pobres patriotas", según palabras del dibujante Pastor Lozada, único artista que trazó su figura, dio en la flor de cortejar a la viuda de don Jorge Tadeo Lozano, doña María Tadea Lozano, poseedora de un título y de cuantiosos bienes. Para galán tenía poco donaire, anota Pedro María Ibáñez. Y pretender serlo de la viuda de un mártir de la patria doblábalo en ruindad y falta de todo escrúpulo.

Las gentes santafereñas no tardaron en estar al corriente de caso tan peregrino. Y le sacaron partido con ingenio.

La musa monárquica de don Antonio de Torres y Peña había cantado:

Este es aquel anciano ejercitado
 en la carrera siempre del honor;
 don Juan Sámano, experto y denodado,
 que iguala a su piedad con su valor.

Y la ciudad, despavorida, divertida con su propio miedo, la repetía acompañada de una tonada pícaro y burlona que trocaba en menosprecio la alabanza y que presto se hizo cantar de moda.

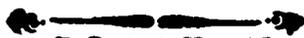
Pero por debajo de las canciones, oíase el rumor del desaliento o el de la indignación ante las inevitables poesías laudatorias con que áulicos flamantes de la tiranía reconquistadora pretendían regalar los oídos de los jefes expedicionarios, como fue el caso del acróstico pedestre y rampión con el cual un versificador de apellido Castellanos fatigó las prensas de Popayán, en 1816, pretendiendo honrar al tremendo vejete, y que facsimilar se reproduce en la lámina adjunta.

Poco a poco las gentes fueron cobrando mayor audacia. El canónigo Juan Nepomuceno Cabrera, no obstante sus setenta años, dióse a hacer composiciones en que pintaba como podía las crueldades de los españoles, la injusticia de su dominación en América y la intrepidez y bizarría de los defensores de la libertad. En los *Apéndices* que el historiador Gustavo Otero Muñoz puso a la III edición de la *Historia de la literatura en la Nueva Granada*, de don José María Vergara y Vergara, se considera a Cabrera como el iniciador de una literatura chabacana y transcribe como muestra los siguientes versos, compuestos por el canónigo patriota contra la tiranía de los pacificadores:

La tiranía de los expedicionarios
 que se llamaban cristianos
 y no tenían ni rosario,
 que es la señal más perentoria,
 a los patriotas con fusilillos
 arcabucearon por orden de Morillos,
 aquel tan gran tirano,
 como su sucesor Sámano.

VICTOR

▷ l frente, Xefe digno se pusieron
Las Huestes del amor, que la memoria
Sancionará por Symbolo de gloria,
De tu valor, la paz que recibieron:
Y amás de lá traycion timbres tubieron
Csurpado poder, dicha ilusoria,
▷ fectos, que los fastos de la historia
No holvidarán, por ti se destruyeron.
Sus votos la Provincia te tributa
▷ l mirar nuevo Marte tus desvelos,
Mil venturas preparate la fama:
▷ dmira Popayán que yá disfruta,
Nueva quietud, el goze á sus anhelos,
C bsequio haciendo, á quien su dueño aclama.



POPAYAN
EN LA IMPRENTA REAL CON SUP. PERMISO
POR D. FRANCISCO DE PAULA CASTELLANOS. AÑO DE 1816.
Calle de San Nicolas num. 1

Estas producciones deben mirarse a la luz del gusto que predominaba durante la generación de aquellos años — el neoclásico — y con el calor del coraje patrio encendido ante la implacable pacificación, sin parar mientes en las largas minucias de erudición histórica y rigorismo crítico, harto capaces de devorar toda una existencia.

En la aurora de su vida independiente — anota el profesor Luis López de Mesa — hallamos en nuestro país las manifestaciones artísticas que corresponden a una infancia cultural: gestación de un mito épico y de una epopeya en que la nueva entidad histórica plasma los contornos de su espíritu. La era republicana tiende a una expresión artística y peculiar, y, por lo tanto, nos presenta de nuevo el fenómeno de un arte infantil que se desarrolla con todas las peripecias de un lento avance.

La patente de patriotismo del canónigo Cabrera fue extendida por propia mano del Virrey don Juan Sámano en informe reservado a la Corona de los méritos literarios y conducta del clero de Santafé, a 9 de junio de 1818. Y es del siguiente tenor:

Doctor don Juan Nepomuceno Cabrera y Prieto, Canónigo. Entró al Coro de aquella ciudad hace 18 años: está graduado en teología, pero en esta ciencia ni otra alguna es de los más aventajados. Ha sido de los más adictos a la independencia, y no ha dejado de promoverla por todos los medios que están a su alcance.

Lenguas hacíanse todos de la bizarría del doctor José Miguel Montalvo, compañero de suplicio del sabio Caldas. Aprisionado cuando huía en las montañas de los Andaquíes, durante la penosa marcha a la capital, alguien dijo al oficial de la escolta que Montalvo era improvisador y aquel por entretener el fastidio del viaje, lo llamó y le dijo:

— Veamos, insurgente: hazme una quintilla con pie forzado y te doy un patacón.

— ¡Veamos el pie forzado!

Y entonces el oficial, por ver como salía del apuro, le dio este pie:

— Viva el séptimo Fernando
con su fiel y leal Nación

.....

— Pero es con la condición
de que en mí no tenga mando,
y venga mi patacón,

concluyó Montalvo, alargando la mano para recibir la moneda, que le sirvió para cenar aquella noche.

En Santafé hubo de comparecer ante el Consejo Permanente de Guerra, presidido por el Coronel Casano. Oída la acusación, empezó Montalvo su defensa, y la fundó en documentos españoles. Leyó el manifiesto de la Junta de Sevilla, o sea el Consejo de Regencia, que dice: “Desde este momento, españoles americanos, os veréis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois los mismos que antes, encorvados bajo el yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder”.

— ¡Eso no viene al caso! interrumpió Casano.

— “Os miraban con indiferencia, vejados por la codicia y destruídos por la ignorancia...”.

— ¡Eso no viene al caso! gritó Casano.

— “Vuestros destinos no dependen ya ni de los ministros ni de los virreyes: están en vuestras manos...”.

— ¡Eso no viene al caso! volvió a gritar Casano.

— Lo que no viene al caso, contestó Montalvo, es haber dado esa proclama, para enviar luego a ustedes. Una de las dos cosas estaba por demás.

Casano le hizo callar, y al retirarse el preso, le dijo airado:

— Advierta usted que ha faltado al Consejo.

— Pues entonces, échele otra bala al fusil.

Ortega y Gasset ha dicho en uno de sus ensayos más penetrantes que el español se transformó en América, pero no con el tiempo, sino en seguida: en cuanto llegó y se estableció en el Nuevo Mundo. Tal fue el caso de don Pedro

Felipe Valencia, madrileño e hijo primogénito del Conde de Casa Valencia, don Francisco de Valencia y Hurtado. Don Pedro Felipe había recibido esmerada educación, y vino al Nuevo Reino de edad de treinta y siete años para arreglar los intereses de su casa, relacionados con el destino de tesorero de la Casa de Moneda de Popayán, destino amayorazgado en su familia, por haber sido uno de sus antepasados el fundador de aquel establecimiento. Llegó a Santafé a punto en que se operaba la transformación política de 1810, y la aceptó sinceramente, renunciando con generosidad a la brillante posición que le daban su mérito personal y su título en la Corte de España, por ayudar al país de sus padres a conseguir independencia y libertad.

Recibido por la mejor sociedad capitalina, su distinción de maneras, unida a dotes de inteligencia, le ganaron pronto el aprecio de las mujeres hermosas, jóvenes y muy ilustradas, pertenecientes a las primeras familias, que formaban una agrupación muy escogida.

En semejante medio la musa cortesana, al propio tiempo que revolucionaria del conde, se manifestó con unas redondillas en las que "hacía alusión a una de las damas de Bogotá cuyo nombre se sabían de memoria los contemporáneos". Graciosos versos de sociedad, según don Antonio Gómez Restrepo, pocos infortunadamente; pero que confirman la presunción de que versificaba sin esfuerzo.

Me han dicho, bella Marciana,
que casi has perdido el seso
porque dije en un impreso:
la mujer no es ciudadana.

Si me aborreces de muerte
porque te quité ese nombre,
con los derechos del hombre
voy hora a satisfacerte.

Se requiere voz activa
para cualquiera asamblea,
y amor ordenó que sea
la mujer siempre pasiva.

Los ciudadanos suspiran
sólo por la libertad;
tú robas la voluntad
de todos los que te miran.

Ni conoces la igualdad
cuando un hombre se te humilla,
y te dobla la rodilla
como a una divinidad.

Cierto es que eres elegible
y que muchos te eligieran,
si con certeza supieran
hallar tu pecho sensible;

Mas también es fuerza elija
tu voz, en el tropel vario,
un público funcionario
que te ampare y que te rijá.

No lo hará tu pudor mismo
con que a todos les impones:
maltrata los corazones
con bárbaro despotismo.

Tu carácter exclusivo
monárquico sin duda es:
no darás a un tiempo a tres
el poder ejecutivo.

No eres libre, y aun por eso
haces que uno se reporte,
presentándote la corte
sin pronunciarte el congreso.

No me mienten las señales:
tus virtudes no sufrieran
que para tu afecto fueran
todos los hombres iguales.

Sepan las bellas mujeres,
de este país ornamento,
que igualdad es un cuento
en el reino de Citeres.

Allí obran con mucho ardor
cada cual a su manera,
allí juzga y sólo impera
el que tiene más amor.

Aquí contribuyen todos
al bien común del Estado;
allí el interés privado
se busca de todos modos.

Aquí han de estar sin disputa
divididos los poderes:
uno dicta los deberes,
otro juzga, otro ejecuta.

Pero allí cada hermosura
tiene su código aparte,
y a su albedrío reparte
el deleite o la amargura.

En un peligro el patriota
da toda su propiedad.
¿Cuándo cede una beldad,
si, por ejemplo, es despota?

El republicano anhelo
es ser, como el aire, exento
de extranjero mandamiento
o de opresión en tu suelo.

Amor manda más que un rey,
la más fiel más te condena;
gemir bajo la cadena
es una envidiable ley.

Aquí ninguna virtud
con el despotismo exhala;
en Citeres se hace gala
de la misma esclavitud.

Aquí es la ley impasible;
es una en todo el Estado;
todo favor es vedado,
todo capricho es punible.

Allá me arrastra un lunar,
acá unos ojos dormidos,
y otros negros y atrevidos
me perturban sin cesar.

Allí la dulzura adoro
con el albor de la nieve;
aquí la estatura breve
con bellos cabellos de oro.

Aquella al placer convida
con su frescura de rosa;
con su majestad de diosa,
hace ésta más honda herida.

La que al ataque provoca,
brinda un gusto pasajero;
contemplo a otra; sé que muero,
y no despliego mi boca.

Así, pues, preciosos seres,
dejad cualidades vanas,
y sed nuestras soberanas,
ciudadanas de Citeres.

Don Pedro Felipe Valencia fue reducido a prisión en 1816, a poco de haber ocupado don Pablo Morillo la capital del Nuevo Reino. Desde la cárcel dirigió enérgicas representaciones al jefe expedicionario en las que manifestaba la falta de autoridad del Capitán General para juzgar a un grande de España, superior a él, y apelaba ante sus pares; todas sus protestas fueron desatendidas; “no hubo lugar” para escuchar sus reclamos y se le condenó a muerte en juicio sumario. En compañía del doctor José María Dávila, de don Manuel Rodríguez Torices y del gran Camilo Torres, marchó al patíbulo el 5 de octubre de ese año con la más grande serenidad: quiso arengar al pueblo, pero los redobles de tambores ahogaron su voz.

De un joven médico, presto famoso por su ciencia y patriotismo, el doctor Juan Gualberto Gutiérrez, se refería con regocijo una extraordinaria hazaña literaria.

El comandante don Juan Tolrá, enterado de que el doctor Gutiérrez tenía aficiones literarias y excelentes dotes de versificador, le dijo en cierta ocasión:

— “Esperamos, doctor, que usted como excelente poeta que es, nos proporcione el placer de dedicarle a Su Majestad y a la legitimidad y nobleza de nuestra justa causa una de sus excelentes composiciones”.

Duro era el trance para el patriotismo del galeno, pero, sin inmutarse en lo más mínimo, contestó que muy pronto los complacería. Pasaron algunos días y, como Tolrá insistiera en su exigencia, Gutiérrez le leyó los siguientes versos:

PROTESTACION

Detesto y abomino el liberal sistema.
 Al Rey de las Españas con exclusión venero.
 El famoso Bolívar es digno de desprecio.
 Complace mis afectos el hispano Monarca.
 A mi pecho domine el antiguo gobierno.
 Colombia que, por cierto, se opone a mis deseos.
 Las órdenes de España yo juro obedecer.
 Protesto destruir la patriótica ley.
 Por Padre de la Patria a Fernando tendré.
 A Bolívar lo veo por tirano insufrible.
 En fin, la Madre España es todo mi consuelo.
 Mis oprobios merece el héroe colombiano.
 Aprecio la virtud y al Rey únicamente
 y a la patria halagüeña detestaré yo siempre.

La composición fue recibida con aplausos por los chapetones y con desconcierto por los patriotas. Pero este último sentimiento no duró mucho, pues se trocó en sorpresa cuando, en privado, el cirujano les leyó nuevamente su composición en orden descendente y hasta la mitad de cada verso, en donde les colocó una coma. Con estas variantes los patriotas escucharon:

PROTESTACION

Detesto y abomino
 al Rey de las Españas;
 el famoso Bolívar

complace mis afectos;
 a mi pecho domine
 Colombia, que por cierto
 las órdenes de España
 protesto destruir;
 por Padre de la Patria
 a Bolívar lo veo;
 en fin, la Madre España
 mis oprobios merece;
 aprecio la virtud
 y a la patria halagüeña;
 el liberal sistema
 con exclusión venero;
 es digno de desprecio
 el hispano Monarca;
 el antiguo gobierno
 se opone a mis deseos;
 yo juro obedecer
 la patriótica ley;
 a Fernando tendré
 por tirano insufrible;
 es todo mi consuelo
 el héroe colombiano
 y al Rey únicamente
 detestaré yo siempre.

“Desde entonces aquellos versos del doctor Gutiérrez se hicieron muy populares, porque sus amigos le pidieron copias y los hicieron conocer profusamente”.

Todo quieren someterlo a su omnipotencia los expedicionarios peninsulares, y a quien se atreva a la más leve resistencia, pronto le enseñan la prisión, el destierro o el patíbulo. Pero — ley constante del espíritu humano — es precisamente la opresión la que pone a éste en movimiento y desarrolla la fuerza dinámica de reacción convirtiéndola en fulminante y explosiva.

El 14 de noviembre de 1817, a media mañana, Santafé fue ejemplarizada por una gran función de armas. Desde temprano, tropas peninsulares despejaron la plaza mayor y nueve banquillos fueron plantados frente a la antigua casa

consistorial... “El tañido siniestro de la campana de mano de los Hermanos de la Veracruz; los fúnebres clamores de las torres de las iglesias de la ciudad, y la efigie de Cristo levantada en un mástil, hacían solemne la escena...”.

Ocho hombres y una mujer fueron pasados por las armas con todo el aparato de ordenanza. Y los nueve cadáveres, recogidos por el Monte de Piedad, recibieron sepultura en la humilde iglesia de la Veracruz. Pero no es el valor de la heroína, cuyo nombre, reducido al anagrama por el oficial prisionero, Joaquín Monsalve, produjo, al decir de don José Manuel Groot, el mayor entusiasmo entre los patriotas, no obstante circular clandestinamente y no haber sido publicado hasta 1820, ni aún siquiera el hecho, recogido por don Bartolomé Mitre, en su *Historia de San Martín*, de que “los granadinos consagraron a su memoria una canción fúnebre que, convertida en himno de guerra, fue repetida por toda América”, cuya letra es la siguiente:

Granadinos, la Pola no existe;
por la Patria su muerte llorad.
Por la Patria a morir aprendamos
o juremos su muerte vengar.

Por las calles y al pie del suplicio,
“¡Asesinos, gritaba, temblad!
¡Coronad vuestro horrible atentado!
¡Ya vendrá quien me sepa vengar!”.

Es común que el hombre antes de caer abatido por la violencia no pueda soportar el silencio y clame al cielo su desesperación por la inhumanidad de que es víctima. Pero caso raro, casi único en nuestra historia, de alma impávida y conciencia inflexible el de uno de aquellos nueve condenados, José María Arcos, joven payanés que por rigurosa escala llegó a capitán de los patriotas; después de la desgraciada acción de la Cuchilla del Tambo, hecho prisionero, fue condenado a servir en las filas del Rey. Comprometido en la conspiración de Policarpa, se le condenó a ser pasado por las armas en su compañía.

Aquellos que al pie del patíbulo han alzado su voz contra los déspotas lo han hecho en breves discursos o en una simple frase de sobriedad lapidaria; pero no sabemos de nadie que en tales momentos haya recurrido al verso para protestar. No conocemos otro caso que el de Maximiliano Jacinto Lorin, que improvisa al pie de la guillotina, y que Alejandro Dumas relata con su fuerza descriptiva de gran imaginativo en forma que siembra la duda sobre su veracidad.

Inolvidable es también el caso de André Chenier, el excelso poeta francés sacrificado por el Terror de Robespierre, que bosquejó de prisa su último poema lleno de odio inmortal, antes de subir a la fatídica carreta que había de conducirlo a la guillotina:

Morir sin vaciar mi carcaj,
sin atravesar, sin hollar, sin arrastrar en su fango
a estos verdugos emborronadores de leyes!...

Arcos había estado en capilla en el vetusto edificio del colegio del Rosario con dos veteranos del ejército del Sur, Alejo Sabaraín y Francisco Arellano. Momentos antes de partir para el patíbulo, acaso acordándose de su paisano el sabio Francisco José de Caldas, tomó un carbón y escribió en el muro:

El ave en el aire goza
su más perfecto albedrío;
el pez en el centro frío
con su libertad reposa;
la planta verde y hermosa
sin trabas crece en el prado.
Porque Natura le ha dado
a todos su libre don;
sólo yo tengo el baldón
de morir esclavizado!

Pero no tuvo fin allí la rebelde inspiración del condenado. Llegado con sobrecogedor aparato al lugar mismo del suplicio y atado al fatal banquillo, aún tuvo arrestos para gritar a sus verdugos:

No temo a la muerte;
desprecio la vida;
lamento la suerte
de la patria mía.

El estampido de la descarga del piquete de fusilamiento apagó la voz y le tronchó la vida.

En las tinieblas de aquella larga noche de opresión empezó a despuntar el nombre de Bolívar como esperanza de liberación y, según suele ocurrir en circunstancias de efervescencia popular, presto corrió en coplas y cantares. Don Eduardo Guzmán Esponda, ilustre hombre de letras, nos ha regalado con la siguiente, que don Diego Guzmán, padre del insigne don Diego Rafael, y abuelo por consiguiente del propio don Eduardo, cantaba en Guaduas acompañándose de la guitarra:

A Simón amemos
más que al vivir,
y con él juremos
vencer o morir.

No es fácil describir con exactitud el alma de las masas, previene José Ortega y Gasset en el libro famoso que dedicó al estudio de la rebelión de éstas.

Entre las características psicológicas de las muchedumbres, señalan los sociólogos algunas comunes al individuo aislado; otras, por el contrario, absolutamente especiales, y que no se encuentran sino en las colectividades. El hecho psicológico más admirable de una masa humana es el de que cualesquiera sean los individuos que la componen y por semejantes o diferentes que tengan sus géneros de vida, sus ocupaciones, su carácter y su inteligencia, por el solo hecho de transformarse en muchedumbre, se revisten de una clase de alma colectiva que les hace pensar, sentir y obrar de una manera completamente diferente a aquella de cómo pensaría, sentiría u obraría cada uno de ellos aisladamente. Existen ideas y

sentimientos que no se producen o no se transforman en actos sino en individuos constituídos en muchedumbre.

La poesía popular patriota, como las muchedumbres que la inspiraron y de cuyo seno nace, no suele conocer sino los sentimientos simples o extremados. Junto a las coplas consagradas al caudillo libertador, como la que acabamos de citar, los patriotas y piadosos santafereños solían cantar la dedicada a la Santa Patrona de la Independencia, entremezclando de esta manera la fe religiosa con la aspiración irrevocable de ser libres:

Santa Librada! Santa Librada!
Yo le pedía y ella me daba
una moneda por la semana,
por la semana...

En 1819 la máquina de la opresión, que parecía tan fuerte y duradera, se derrumba de golpe: el 9 de agosto, al filo de las diez de la noche, se escuchó el galope de dos corceles que avanzaban por el camellón de las Nieves hacia la esquina de la calle de San Miguel; sin refrenar la marcha presto estuvieron frente al portón del palacio virreinal y, abandonando los jinetes sus cabalgaduras, penetraron atropellando centinelas, en las habitaciones privadas de don Juan Sámano: eran el coronel Manuel Martínez Aparicio y el comisario don Juan Barrera, escapados del campo de batalla de Boyacá, que traían la mala nueva de la derrota de Barreiro.

El pánico del viejo virrey fue indescriptible. Olvidó posición y obligaciones; solamente pensó en huir. “Era preciso haber estado en Santafé aquella noche y la madrugada del día siguiente para formarse una idea de lo que se llama turbación, terror, trastorno” —dice don José Manuel Groot, testigo presencial—. “Veíanse cruzar los bultos de una parte a otra, silenciosos y andando a la ligera; grupos aquí y allí que hablaban paso y se disolvían prontamente. Los jefes militares prestaban con tanto afán como silencio las tropas

en los cuarteles; todo era movimiento y silencio. A las dos de la mañana ya se sentía ruido; en la plaza se estaban matando reses traídas de los potreros inmediatos para racionar la tropa”.

Al rayar la aurora del 10 de agosto tuvo comienzo la emigración hacia la costa. Rompía la marcha el viejo y odiado funcionario bajo la custodia de su guardia de alabarderos. Iba disfrazado con una ruana verde, y un sombrero grande de hule rojo. Nada quedaba en él de la antigua arrogancia y, en su prisa por abandonar la capital — que no olvidaría los horrores de aquellos tres años de terror realista —, todo, el oro existente en la Casa de Moneda, los archivos del gobierno, lo dejó abandonado; consigo llevose apenas “sólo dos baulitos de equipaje”.

Con los sucesos referidos, atizáronse las pasiones y mostrose sin rebozo la rebeldía de los espíritus. Movidas por el entusiasmo comenzaron a correr libremente las coplas alusivas, que el corazón popular suele remitirse a ellas en los momentos de expansión; coplas con retórica espontánea, primitiva y natural que substituye a la preceptiva escrita y meditada. Y en ellas se recogió todo el ardor contenido, toda la energía avasalladora del alma colectiva: cristalizaba en sus estrofas todo el sentimiento popular candoroso y honrado.

Esa noche — dice un historiador — grupos de artesanos recorrieron la ciudad al son de bandolinas y guitarras cantando las siguientes:

Anoche a la media noche
Santafé estaba sin juicio
por la noticia que trajo
el Capitán Aparicio.

Ya salen las emigradas,
ya salen todas llorando,
detrás de todas las tropas
de su querido Fernando.

La pólvora la quemaron
y, al vencerse el almacén,
se fueron los paredones
y también se fue el Virrey.

Calzada Mayor de Plaza,
sus hijas y su mujer
gritaban que Santander
en las calles los alcanza.

Ya sale el viejo Virrey
con las tropas y los frailes
atisban a ver si vienen
Bolívar y sus *cobardes*.

Los Oidores a caballo,
y Barco con alpargates,
iban detrás del Virrey
hablando mil disparates.

El pobre del viejo Royo
ya lloraba sin consuelo,
y en los suspiros decía:
lástima de mi dinero.

El pobre de Garavito:
la entrada a Jerusalén,
montado en su borriquito
y un pobre que iba con él.

Yo también vide salir
a la Antonieta villana
con pantalón y chaqueta
y horquetada en una enjalma.

Las Larquices y la Azero,
a caballo y con mantones,
entre cuatro chapetones
las apearon en el suelo.

A Santa Clara se entraron
y de criadas se vistieron.
La cara no se les vio
hasta que a Nare se fueron

Las Núñez y las Cienfuegos,
las Gudings y las Carcaño
se cayeron en el caño
y nadie atendió sus ruegos.

Yo también vide salir
a la señora Cienfuegos
con el sable atravesado
y de Leal puesto el sombrero.

Yo también vide salir
las señoras Urizarris,
con los pollos y gallinas,
detrás de los oficiales.

Yo también vide salir
al gran médico Reguera,
con dos muchachas al anca;
la vieja no sé quién era.

A Honda algunos llegaron
y de ahí se dividieron:
unos, para Popayán
y otros, no sé adonde fueron.

Sámano juntó su grey
y para Honda se marchó,
y en el camino gritó:
ya el diablo se llevó al Rey.

¿Quién fue el autor de las coplas a las emigradas? Luis Augusto Cuervo en *Los emigrados de 1819* y José Ignacio Perdomo Escobar, en *Historia de la música en Colombia*, afirman que fueron debidas al numen del doctor José Félix Merizalde. En cambio, don Ulises Rojas en su estudio *El doctor Juan Gualberto Gutiérrez, médico de cabecera del General Nariño*, se las atribuye a dicho galeno.

Para esclarecer el punto, solicitamos al notable historiador de Tunja, arriba mencionado, las razones de su aserto. Y nos dio la siguiente contundente respuesta: "Mi esposa era biznietita del doctor Gutiérrez. Cuando yo me casé, me informaron mis cuñadas que ellas tenían algunos papeles que habían pertenecido al doctor Gutiérrez; esto me entusiasmó, como era natural, y procedí a revisarlos. El doctor Gutiérrez era un notable versificador y no solamente encontré los versos que publiqué en el folleto a que Ud. se refiere, sino otros, todos relativos a los triunfos de los patriotas, pero que por lo malos

no publicué. Todas estas poesías estaban escritas de su puño y letra y entre ellas las coplas, sin título, a que se les ha dado el nombre de *Las emigradas*".

Al anochecer de aquel mismo 10 de agosto, hacían su entrada a la capital, al frente de cincuenta llaneros, los jefes patriotas victoriosos, Bolívar, Santander y Anzoátegui. El entusiasmo popular fue increíble; las gentes de todas condiciones rodeaban a los caudillos de la Independencia, los vitoreaban a gritos, y paseaban al son de músicas regionales.

Las coplas, poesía de la calle, poesía hecha, como dice don Miguel de Unamuno, para ser declamada ante las muchedumbres, más que para ser paladeada a solas y en silencio o a media voz, se elevó libre y suelta dando rienda al sentimiento colectivo tan largamente reprimido. Lástima que el texto de ellas no se hubiera conservado. Apenas si Rafael Eliseo Santander, niño entonces, recuerda la siguiente en aquel delicioso cuadro de costumbres que intituló *Las fiestas de mi parroquia*:

Viva Colombia, ceñida
de laureles y de oliva.
Viva su libertador.
Viva el inmortal Bolívar.

Hay siempre en la poesía algo de actual y de contingente, de efectista y pasajero que escapa o choca a toda otra generación de aquella para quien fue escrita. Es más — comenta Azorín —, la popularidad de un verso no es indicio de mérito. "El elogio de los contemporáneos es una letra de cambio sobre la posteridad. La posteridad suele protestar la letra".

Hasta los años terribles de la resistencia contra los pacificadores peninsulares, la literatura había sido generalmente mero ejercicio académico, juego retórico de entretenimiento más o menos frívolo. Pero con el implantamiento del Terror, el neoclasicismo se tornó en la cara literaria de la Independencia. Como bien dice Anderson Imbert, el tema fundamental de

la literatura neoclásica en la América revolucionaria fue la política, la política como expresión de una voluntad de dignificar al hombre, dándole sentido ideal a una revolución y a una independencia.

Mucho queda, mucho quedará siempre por investigar; pero con los materiales reunidos es posible acometer estudios de conjunto con espíritu de síntesis, sin esperar — larga espera y vana — a que esté completo el repertorio de datos.

Más que muestras literarias, los versos que aquí hemos colectado, son aspectos documentales de un momento histórico. Y, anota Marc Bloch, “el vocabulario de los documentos no es, a su manera, nada más que un testimonio. Precioso entre todos, sin duda, pero como todos los testimonios, imperfecto, es decir, sujeto a crítica”.

Pero no porque desde el punto de mira del rigorismo retórico sean numerosos los lunares que a la poesía patriota de la época del Terror puedan señalársele, merece ser desdeñado este valeroso esfuerzo del alma popular granadina, pues, como enseña un gran pensador contemporáneo: “en realidad, no se puede calificar de vano ningún esfuerzo emprendido por pura convicción, ninguna muestra moral de fortaleza queda jamás totalmente perdida en el mundo”.

Sirvan de escudo y amparo a estas muestras de indagación histórico-literaria que, como diría don Ramón Menéndez Pidal, por pequeñas y escasas que parezcan a primera vista, encierran un alto valor para la literatura popular, las palabras que el gran Antonio Machado puso de *post-scriptum* a los cantares populares recogidos por don Francisco Rodríguez Marín: “Lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular. La poesía de los hombres del pueblo expresa siempre una relación más directa entre el objeto sentido y el sujeto que siente, que la poesía reflexiva, en que el que canta es menos esclavo de las circunstancias exteriores y del impulso que lo solicita: el hombre del pueblo canta siempre sin mira interesada, sin fin preconcebido, sin otro estímulo que el de su sentimiento; los símiles que emplea,

las metáforas de que se vale, los pensamientos que integra en sus producciones forman, por así decirlo, el tuétano, la médula de su propia vida”.

ALBERTO MIRAMÓN.

BIBLIOGRAFIA

El autor hace público su reconocimiento al historiador Horacio Rodríguez Plata por haberle permitido consultar de su archivo particular una carpeta de composiciones patrióticas, inéditas varias de ellas, de la época de la Independencia.

- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- BLOCH, MARC, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- CUERVO, LUIS AUGUSTO, *Los emigrados de 1819*, en *Apuntes historiales*, Bogotá, Editorial Minerva, 1925.
- DONOSO, ARMANDO, *Los poetas patriotas*, en *La sombra de Goethe*, Madrid, Editorial América [s. f. d. e.].
- GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO, *Historia de la literatura colombiana*, vol. III, Bogotá, [s. f. d. e.].
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *Las corrientes literarias en la América hispana*, México, 1949.
- HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO, *Poesía popular y poesía culta ante la emancipación colombiana (1781-1829)*, en *Thesaurus*, vol. XV (1960).
- IBÁÑEZ, PEDRO MARÍA, *Crónicas de Bogotá*, (Biblioteca de Historia Nacional, vol. III), Bogotá, 1917.
- LEGUIZAMÓN, JULIO A., *Historia de la literatura hispanoamericana*, Buenos Aires, 1945.
- LEÓN REY, JOSÉ ANTONIO, *Espíritu de mi Oriente: Cancionero popular* 2 tomos, Bogotá, 1951-1953.

- LÓPEZ DE MESA LUIS, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Bogotá, 1934.
- MACHADO, ANTONIO, *Post-scriptum a Cantos populares españoles, recogidos, ordenados e ilustrados por FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN*, Sevilla, 1883.
- MENDÍA, CIRO, *En torno a la poesía popular*, Medellín, 1927.
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, *Poesía popular y poesía tradicional en la literatura española*, en *Los romances de América y otros estudios*, Buenos Aires, 1939.
- MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO, *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo III, Madrid, 1928.
- MILÁ Y FONTANALS, MANUEL, *De la poesía heroico-popular castellana*, Barcelona, 1874.
- MITRE, BARTOLOMÉ, *Historia de San Martín*, tomo III, Buenos Aires, 1890.
- OLIVER, MIGUEL S., *La poesía española y la Revolución*, en *Los españoles en la Revolución francesa*, Madrid, Editorial Renacimiento, 1914.
- ORTIZ, SERGIO ELÍAS, *Informe del virrey Juan Sámano sobre la conducta y otras circunstancias del clero de Santafé, en los años de 1810-1818*, en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. IV, núm. 8 (agosto de 1961).
- OTERO MUÑOZ, GUSTAVO, *Cancionerillo popular colombiano*, en *La literatura colonial y la popular en Colombia*, La Paz (Bolivia), 1928.
- PARDO TOVAR, ANDRÉS, *La poesía popular colombiana y sus orígenes españoles*, Bogotá, 1966.
- PERDOMO ESCOBAR, JOSÉ IGNACIO, *Historia de la música en Colombia* (Biblioteca de Historia Nacional, vol. CIII), Bogotá, 1963.
- PIÑEROS CORPAS, JOAQUÍN, *Introducción al cancionero noble de Colombia*, Bogotá, Editorial Antares, 1962.
- PLAZAS OLARTE, GUILLERMO, *Bolívar en el alma popular*, Suplemento de la *Revista de las Fuerzas Armadas*, Bogotá, octubre de 1962.
- RESTREPO TIRADO, ERNESTO, *De Gonzalo Ximénez de Quesada a don Pablo Morillo*, París, Imprenta Le Mail & Pascal, 1928.
- RESTREPO, ANTONIO JOSÉ, *De la poesía popular en Colombia*, Bogotá, 1911.
- *Cancionero de Antioquia*, Barcelona, 1929.
- RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO, *Cantos populares españoles*, 5 tomos, Sevilla, 1882-1883.

- ROJAS, ULISES, *El doctor Juan Gualberto Gutiérrez*, en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), vol. XXVII, núms. 305 y 306 (1940).
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Nueva historia de la literatura americana*, Buenos Aires, 1944.
- SANTANDER, RAFAEL ELISEO, *Las fiestas de mi parroquia*, (Selección Samper Ortega, vol. 22), Bogotá, 1936.
- SOURIAU, ETIENNE, *La correspondencia de las artes*, México, 1965.
- UNAMUNO, MIGUEL DE, *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, 2ª edición, Buenos Aires, Colección Austral, 1957.
- VALERA, JUAN, *La poesía popular*, discurso de ingreso a la Real Academia Española, pronunciado el 6 de marzo de 1862, en *Ensayos*, vol. I, Madrid, 1928.
- *Poesía colombiana*, en *Cartas americanas*, vol. I, Madrid, 1888.
- *La poesía popular de D. M. Milá y Fontanals*, en *Obras completas*, vol. XXI, Madrid, 1909.
- VERGARA Y VERGARA, JOSÉ MARÍA, en *Obras escogidas*, vols. IV y V, *Historia de la literatura en la Nueva Granada*, notas de Antonio Gómez Restrepo, apéndice de Gustavo Otero Muñoz, Bogotá, Editorial Minerva, 1931.